

Filmoteca
de Catalunya

FILMS
SELECTOS



50
cts.

Murnau
ou.

322



EL MUNDO
de las Cataratas

OLIVIA DE
HAVILLAND

Fotos Warner Bros. First National

Año VIII
N.º 322

Films Selectos

Director: J. ESTEVE QUINTANA
López Raimundo, 3 (antes Vergara)
BARCELONA

Filmoteca
de Cine



"LA KERMESSE HEROICA"

ES CLASIFICADA EN AMÉRICA COMO EL MEJOR FILM DEL MUNDO EN 1936

premio a la mejor producción del mundo presentada en el año 1936, a la magnífica película «La kermesse heroica».

Es la primera vez desde 1909, en que se fundó la National Board of Review, que un jurado americano, renunciando como corresponde a unos jueces probos y amantes de la justicia al amor propio

de ciudadanos de un país tan abundantemente productor de films, concede un premio tan importante a una película europea. El acontecimiento es esperanzador en muchos aspectos. En primer lugar, porque prueba el buen gusto de un jurado en un país al que se atribuye, quizás con alguna razón, cierta escasez de buen gusto. En segundo lugar, porque «La kermesse heroica» no es un film realizado pensando en halagar reumante a ciertos públicos. Fi-

UN jurado que, bajo el patronato del «People's Institute», agrupa a los representantes de todos los cines de América, acaba de conceder el



nalmente, por tratarse de un justo y merecido triunfo de la cultura europea.

A muchos parecerá, acaso, fuera de lugar traer a cuenta la cultura europea a propósito de un film de argumento más que ligero, ligerísimo, y que ha scandalizado a no pocos críticos del cine. En nuestra ciudad misma se creó una atmósfera tan adversa contra la moralidad de la preciosa película, que llegó a perjudicar realmente su éxito de público. Como es sabido, tampoco tardó en pesar sobre tan bella obra de arte una prohibición de ser representada en el propio país al cual se refiere el momento histórico de la película.

Y bien: todas estas censuras nos parecen injustas y exageradas. Cualquier «vaudeville» de los que se representan docenas y aún centenares de veces, cualquier opereta de las que se anuncian cotidianamente en los carteles, son mucho más inmorales. Sobre todo, porque son mucho menos artísticas. En «La kermesse heroica», el arte soberano con que está realizada toda la obra elimina en absoluto todo elemento de inmoralidad. Lo que sucede en ella resulta un cuento picaresco, lleno de ingenio, de gracia, admirablemente desarrollado y que, aun en sus momentos más atrevidos, no se propone interesar a nuestra sensua-

lazqueños. Y en todo momento y en toda situación, la vigilancia constante y minuciosa de una elevada y cultívadísima inteligencia. Cuando una obra de arte llega a esas alturas, resulta excesivo y hasta ridículo y, en todo caso, confusionalio, traer a cuenta escrupulos pacatos de moralidad.

Por nuestra parte, aconsejamos a nuestros lectores de buen gusto que quieran unir un buen rato de solaz con un exquisito deleite estético, que si no conocen esa película no pierdan ocasión de verla y de honrarla como se merece.

J. ESTEVE QUINTANA

lidad, sino a nuestra inteligencia, por la aguda intención de las situaciones.

No tenemos espacio para insistir. Baste lo dicho en cuanto al argumento de la obra. En cuanto a realización de arte, ¡qué maravilla!

A la profunda conciencia artística de Jacques Feyder, el gran realizador francés, se une un penetrante sentido de la historia en sus rasgos más típicos y más esenciales. Estupenda evocación de toda una época con un deseo de escrupulosa justicia en los detalles, merecedor de todas las alabanzas. Bien es verdad que el material histórico artístico no ha faltado para realizar esa obra de arte. Los tesoros abundantes de la pintura holandesa han sido aprovechados con talento incomparable para darnos en las diferentes escenas de este film una serie de evocaciones, no muertas, de museo polvoriento, sino vivísimas, en que la vida se eterniza por la realización del arte. Vestidos, muebles, maravillosos juegos de luz, evocan sin imitar directamente tal o tal obra, las realizaciones más bellas de un Peter de Hoch, de un Juan Steen, de un Van der Mēér.

Qué maravilla también los tercios españoles, tan auténticamente ve-



La
anécdota
en
primeros
planos

CHARLES FARRELL

El que ha sido más de diez veces amante de la dulce Janet Gaynor en la pantalla, el apuesto y romántico Charles Farrell, es ambidextro. Escribe con la mano izquierda y firma con la derecha.

Cierto día se hallaba en un restaurante con Frank Borzage. Estuvieron conversando hasta que a Charles Farrell se le ocurrió de pronto:

—¿Se acuerda de los tiempos en que yo no era nada?

—Sí.

—¿Recuerda cuando le pedí que me dejase aparecer en una película y usted me contestó que era ya bastante hombre para trabajar en otra profesión no relacionada con el cine?

Su amigo no le contestó. Pero, re concentrando sus pensamientos, repuso:

—Es cierto, pero también tú debes acordarte de que entonces no estabas muy entusiasmado con la carrera de actor. Unicamente querías figurar como «extra»?

—¿Cómo «extra»?

—Haz memoria y verás cómo tengo razón.

—¡Bah, ya no merece la pena de esforzarse en pensar!

—Sin embargo, a mí me complace hacerte saber que entonces yo no veía en ti sino un joven algo atolondrado, sin experiencia, deseoso de hallar algo fácil que hacer. Si traté de disuadirte era porque sabía lo duro que es Hollywood, los desengaños y sufrimientos que origina en jóvenes como tú.

—En ese caso debo estarle agradecido.

—Tanto como eso, no. Pero, en fin, ahora me alegra mucho de que no me hiciese caso.

Cuando Charles Farrell y Frank Borzage se conocieron realmente fué al filmarse «El séptimo cielo», la película que tanto a uno como a otro había de hacerles famosos.

Desde entonces Charles Farrell y Janet Gay-

nor constituyeron «la pareja ideal», que tantos éxitos ha conquistado en el mundo.

En una de sus frecuentes escapadas a Nueva York, se le ocurrió entrar en un café a tomar un refresco. Junto a la mesa que ocupaba había unas muchachas que hablaban de él. Una decía:

—Pues a mí no me gusta Charles Farrell, porque es un cursi.

—Eso te parecerá a ti —objetaba otra—. Yo no lo creo. Trabaja muy bien.

Y una tercera añadió:

—También a mí me parece demasiado romántico. Es un galán pasado de moda.

El actor, que había escuchado todo el diálogo, se creyó en el caso de intervenir:

—Si ustedes me permiten, puedo decirles algo más de Charles Farrell.

Las muchachas se quedaron un poco sorprendidas al ver que un extraño se entremetía en su charla. Pero la más audaz inquirió:

—¿Le conoce usted?

—¡Qué si le conozco! Lo bastante para saber qué es lo que algunas de ustedes han dicho: un cursi. Pero hay más, que ignoran: lo que hace en su vida privada.

—¡Ah, eso debe de ser muy interesante!

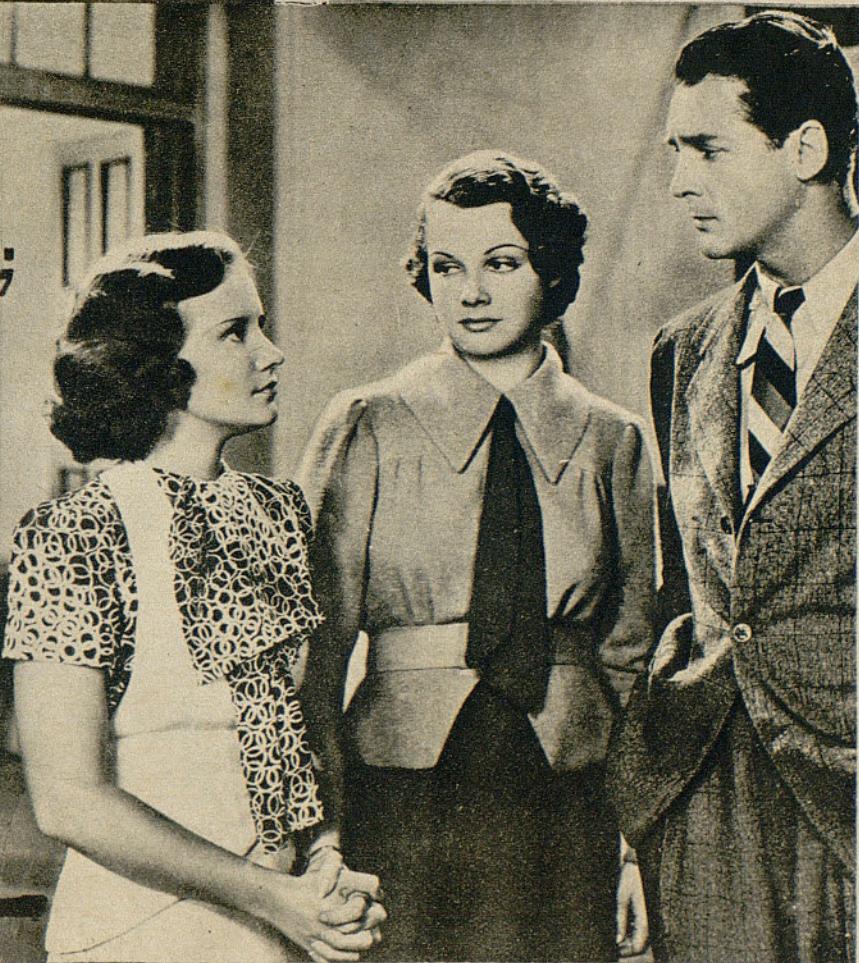
—Se muerde las uñas, escupe en los espejos y se emborracha con frecuencia. Además, pega a las mujeres, habiendo estado Janet Gaynor a punto de morir de una paliza que le dió durante un ataque de celos.

Al llegar a este punto, sus oyentes no pudieron menos que indignarse, diciendo que jamás volverían a ver ninguna película suya. Entonces el artista llamó al camarero para pagar su gasto y el de sus amigas ocasionales. Al despedirse de ellas, luego de estrechar su mano, declaró:

—Charles Farrell soy yo, señoritas. Si en algo puedo servirlas, escribanme a Hollywood.

El asombro que causó en aquellas muchachas semejante revelación ya se lo pueden figurar.

Una escena de «Juventudes rivales», en la que aparece Charles Farrell con June Marlowe y Ann Sheridan.
(Foto Universal)





PAULETTE GODDARD

CON LA MEJOR DE SUS SONRISAS, NO CONTESTA A LA INDISCRETA PREGUNTA

Un muchacho... una chiquilla. Sólo eso. ¿Dónde nació? ¿De dónde viene? Nadie lo sabe. Casi se ignora su nombre. Es la pequeña huérfana siempre perseguida que hueye constantemente bulando a los agentes encargados de la protección a la infancia. Es la gentil vagabunda que pasea sus ocios por los muelles en espera de la anhelada oportunidad de robar unos pocos años de las enormes barcazas atracadas en el puerto. Es la pordiosera de enmarañados cabellos, vestida de harapos, descalza, que todos sus paseos en coche los hace en el de la policía. El itinerario de su viaje no varía nunca; siempre termina en la prisión de «Tiempos modernos» de Charlie Chaplin.

Hizo su primera aparición en el cine en la comedia musical «Río Rita». Después actuó en las

PERO, ES USTED LA ESPOSA DE CHARLOT?

farsas interpretadas por los alegres adolescentes de la compañía de Hal Roach y en la película de Eddie Cantor, que terminaba con una divertida y grotesca corrida de toros, «Torero a la fuerza». Pero entonces no era más que una chica del coro, que con su gracia y atractivos contribuía a la perfección de un conjunto. Fué preciso esperar, para descubrirla, que trabajase junto a Chaplin en «Tiempos modernos», con su rostro curtido y sus agudos dientecillos de galita...

Cuando apareció en Nueva York, de regreso de Hollywood, sembraba una flor exótica perdida entre un enjambre de caballeros, en la comida ofrecida por la «Asociación de Correspondientes de Prensa Extranjera», entre cuyos comensales se veía a los directores Rouben Mamoulian y William Wyler, éste último acompañado de Walter Huston, con el que acababa de filmar la adaptación de «Dod-



Charlie Chaplin y Paulette Goddard en el jardín de la casa que posee el gran mimo en Beverly Hills.

sworth», del popular autor Sinclair Lewis. Sólo faltaba a la reunión Charlot, el mimo maravilloso, el vagabundo que nos deleitó a todos con su «Vida de perro».

Viendo a Paulette tan sencilla y natural, sin que su rápido ascenso al estrellato le sirva de engreimiento, se comprende en seguida las razones que tuvo Charlot al elegirla.

«Tiene todas las cualidades que yo necesito —dijo cuando la vió por primera vez en los estudios Hal Roach—: juventud, vitalidad y personalidad inconfundible. Sólo deseo que sea tan inteligente como agradable y será una gran actriz.»

«Tiempos modernos» confirmaron tales deseos. ¡Qué artista no llegaría a la cumbre de su arte trabajando bajo las órdenes de Charlot!

PAULETTE sonríe con sus ojos azul miosotis. ¡Y cómo sabe hacerlos luminosos cuando con gran destreza evita contestar preguntas tan indiscretas como las que le dirigieron en el citado banquete:

—¿Pero es usted la esposa de Charlot?—

Se necesita un aplomo fantástico y una curiosidad ilimitada, propia, ¡daro está!, de periodistas, para hacer esta clase de preguntas. En cambio, con toda seguridad, los indiscretos se habrían ofendido de haberles preguntado el nombre de su esposa o hija, o bien la época de su desete.

Pero debe recordarse que Paulette Goddard ha regresado recientemente de un largo viaje por Extremo Oriente en compañía de Chaplin, y basa pronunciar el nombre de «Bali» para que sus ojos, iluminándose, reflejen las bellezas de aquel país de maravillas.

Y en un arranque de su carácter espontáneo, otro de sus encantos, nos confiesa:

—Bali será siempre uno de los mejores recuerdos de mi vida. Mucho se ha hablado del cariño que sienten los naturales por Charlie y del afecto que él siente por aquella tierra de ensueño. Este cariño se ha traducido en un permiso especial que recibió Charlie para filmar todas sus ceremonias religiosas, verdadero derroche de belleza y color, algo desconocido hasta ahora en las cintas de su clase. Por la originalidad de sus ángulos y la armonía de su composición, esta cinta, filmada personalmente por Charlie, demuestra que no sólo es un mimo genial, sino también un operador de primera categoría. Dos veces se ha proyectado ante un reducido y selecto círculo de amistades, y todos han coincidido en calificarla de obra maestra.—

También nos cuenta los proyectos de Charlie Chaplin para el futuro:

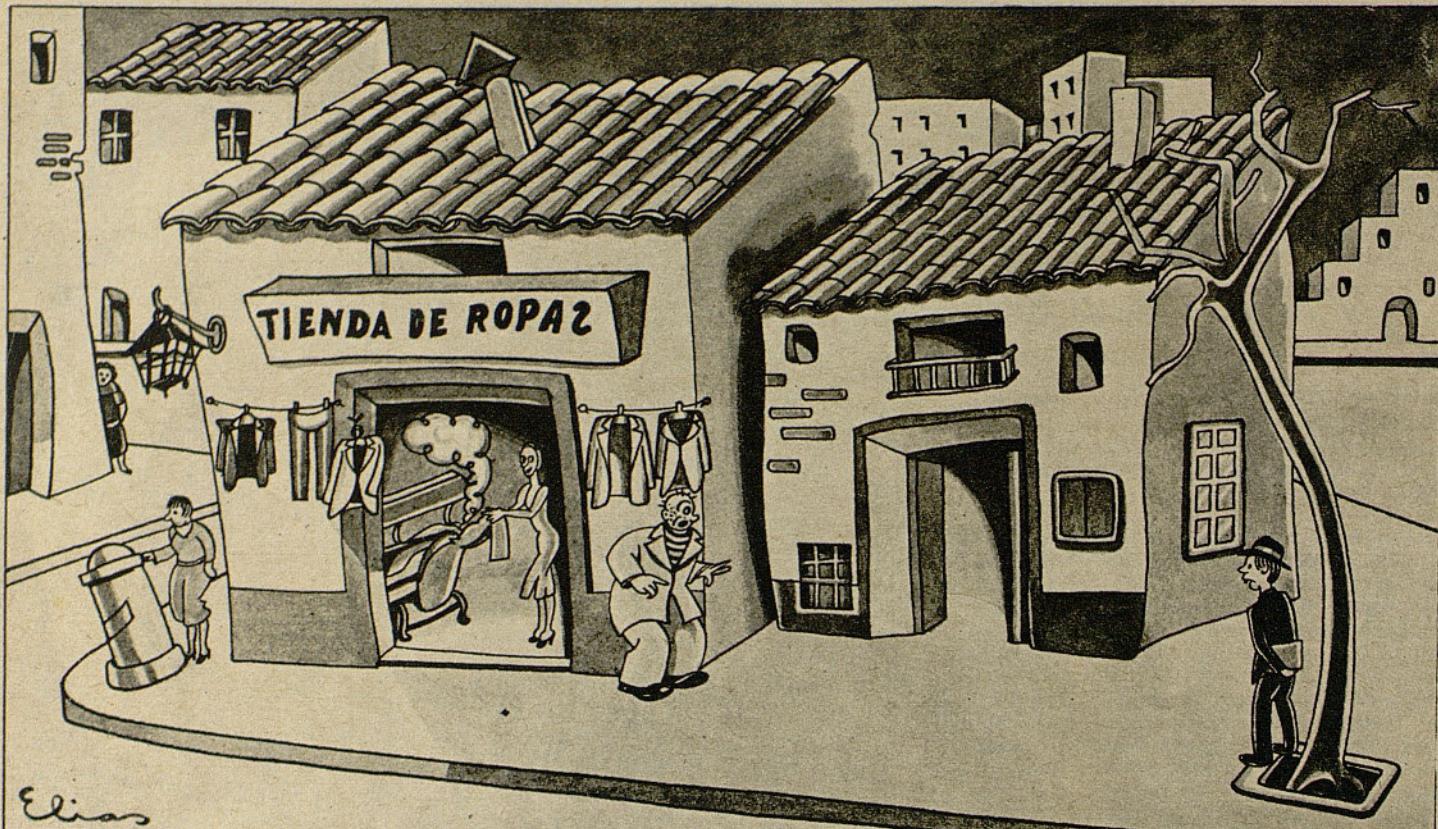
—Tiene la intención de rodar un film exótico en el cual no aparecerá y, si no cambia de opinión, yo seré la intérprete. Como la película anterior, ésta tampoco tendrá nombre hasta terminarse y, de momento, se la conocerá bajo la denominación de Producción número 6. También por vez primera, Charlie ha adquirido los derechos exclusivos de una novela llamada «Regency», de D. L. Murray, cuyo adaptador será R. V. C. Bodley. Las dos serán películas habladas.—

Sobradamente conocido de todos es el hecho de que Charlot jamás interpreta dos películas con la misma artista, pero ahora es de desear que, como en «Tiempos modernos», la chiquilla y el pobre vagabundo, continúen su camino cogidos de la mano y juntos los dos hacia un porvenir lleno de promesas y esperanzas.

Juan de la ENCINA



Biografía de la artista



Elias

SE llamaba Sofía Morgan. Su padre, Arnaldo Morgan, poseía una tienda de ropa usada en Montreal (Canadá) y padecía una erupción granular en la cara. Sofía asistió al Colegio Municipal, donde recibió una somera enseñanza primaria. Desde allí pasó a la tienda a encargarse de la plancha de vapor. Tenía entonces catorce años. El padre, sea por una natural propensión a la cólera o a consecuencia de la erupción granular (una especie de humor herpético), tenía un carácter insopportable y trataba mal a la hija. La chica crecía delgaducha y depauperada. Las espinacas, abundantemente suministradas, no podían con ella. En estas valitudinarias circunstancias, se enamoró de un oficial de sastrería, que tuvo que dejarla porque Arnaldo Morgan le daba una paliza cada vez que lo encontraba.

Un día, Sofía Morgan se cansó de todo: del padre, del humor herpético, de la plancha de vapor, del oficial de sastrería y se fué a Hollywood, donde volvió a manejar la plancha; esta vez en un taller de sastrería. Allí conoció a un electricista de un estudio. El joven electricista era sentimental y ofreció una oportunidad a Sofía para trabajar como extra en una película. Sofía descolló por su esmirriada figura. El director le dió

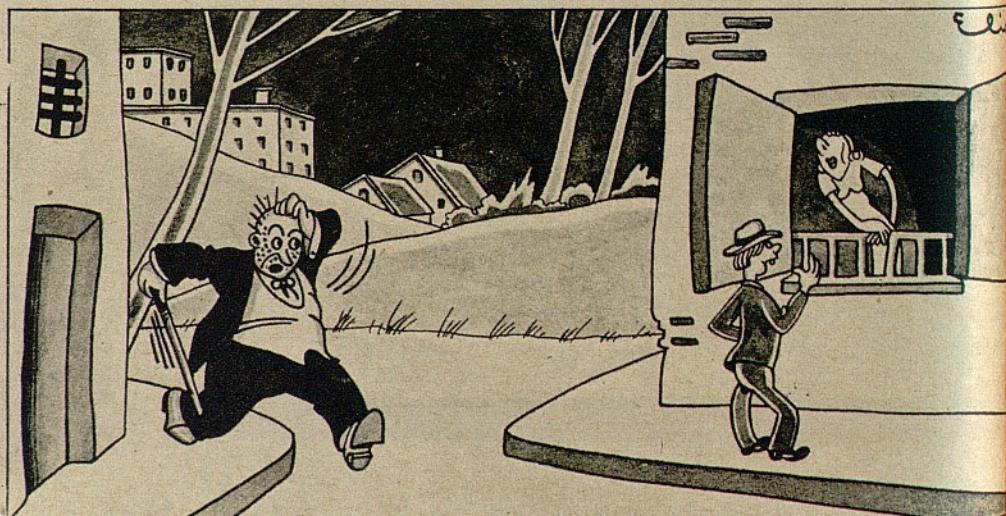
otro papel donde figuraba como una muchacha tuberculosa en tercer grado y lo hizo con tanta propiedad que desde entonces quedó clasificada como excelente en el fichero de «tuberculosas en tercer grado». Le cambiaron el nombre, la pusieron en manos de los profesores de belleza y la entregaron a la voracidad de los agentes de publicidad. Ahora se llama Betty Colman, nombre eminentemente cinematográfico, y el departamento de publicidad de los estudios nos facilita acerca de ella la elegante biografía siguiente:

Betty Colman, la bella protagonista de «El amor revive», magnífica superproducción de la marca Océan, pertenece a

una de las más distinguidas familias de Montreal (Canadá), habiendo sido sus antepasados fundadores de la ciudad.

Desde sus primeros años tuvo irresistibles aficiones artísticas. En las fiestas aristocráticas de Montreal hacía gala de sus magníficas condiciones para el teatro. Fué solicitada, en distintas ocasiones, por el director del Teatro Dramático de la ciudad para tomar parte en sus funciones, pero Mr. Colman se opuso a ello tenazmente, por considerar que era indigno que su hija tuviera que divertir al público.

Betty se educó en el más distinguido internado de la ciudad, donde adquirió la brillante instrucción que nimba su



TA DESCONOCIDA

triumfal belleza. Allí era el ídolo de profesoras y condiscípulas.

A medida que su prodigioso talento iba cristalizando, Betty se afirmaba más en la vocación artística. Esta resuelta afición se manifestaba en el colegio por la profusión de artistas (especialmente actores) y la cantidad de novelitas cinematográficas que guardaba a escondidas de sus preceptoras.

Aunque Mr. Colman adoraba a su hija y era el padre más cariñoso que pueda darse, se opuso tenazmente a las aficiones de Betty, lo cual le causó tan penoso disgusto que enfermó seriamente. No bien estuvo repuesta sufrió otro desastre sentimental a consecuencia de que, por diferencias de familia, hubo de romper sus relaciones con un apuesto joven de la aristocracia local. Betty, desde entonces, se aficionó a los papeles dramáticos. En realidad, fué su situación sentimental la que imprimió en esta época el verdadero camino de su vocación.

En cierta ocasión intervino en una fiesta a beneficio de las víctimas de no recordamos qué inundación que asoló varios estados. Acertó a asistir a la fiesta el famoso director de la Océan, Mr. Walker, descubridor de tantas famosas estrellas. Betty representaba un papel de esclava de azada y enferma, con tanta ternura y tan escalofriante realismo, que Mr. Walker no dudó un momento en contratarla para darle el primer papel de «El amor revive», el formidable drama que ya incubaba en su mente.

A costa de muchos esfuerzos y poniendo a contribución todo su talento, Mr. Walker pudo vencer la cariñosa resistencia de Mr. Colman, el cual, finalmente, dió su consentimiento y la bellísima Betty pudo ver coronados sus sueños de arte.

En el estudio pronto se hizo destacar la aristocrática silueta de Betty, llegando a ser solicitada en las más elegantes reuniones de Hollywood, donde cautivó a todo el mundo por su talento, con de genios y refinamiento espiritual.

He aquí lo que manifiestan eminentes personalidades de la prensa cinematográfica acerca de ella:

Gus Mc. Carthy, del Motion Pictures Herald:

«Ante su prodigiosa personalidad, brotan en la mente dos preguntas: ¿Quién? ¿Betty?»

Iván Goff, del Daily Mirror, afirma:

«Un tipo de mujer realmente espléndido, representativo de la mujer americana.»

David Moore, de «Cinema», dice:

«Pronto veremos en la pantalla la au-

téntica figura americana que todos los públicos venerarán.»

Betty tiene actualmente veinte años. Es rubia natural. Tiene el cutis ligeramente mate y aterciopelado, ojos negros, labios finos y nariz ligeramente roma. Calza zapatos del treinta y dos. Sus dientes son nacarados y regulares y sus manos blancas y aristocráticas. Practica todos

en su biblioteca hemos visto obras de Shakespeare, Dickens, Dostoevski, Emerson y Spencer. En pintura adora los primitivos flamencos y es apasionada de Rodin en escultura. Le encantan las flores, los colores pálidos, los perfumes delicados y las telas a rayas. Al contrario de otras estrellas que se rodean de extravagancias, Betty Colman es decadente, casera, sencilla y no se le conoce otra extravagancia que una simpática



los deportes, en particular las marchas a pie. Tiene un bonito auto y piensa comprarse un avión para ir por las mañanas al estudio.

Es aficionada a los escritores selectos.

aversión aristocrática a los hombres que llevan los trajes arrugados.

C. GOTARREDONA

DÓNDE ESTÁ EL ENCANTO?

El mundo ha tendido sobre Hollywood un intangible velo de extraña fascinación y misteriosa reverencia. Probablemente, acerca de ningún otro rincón de la tierra se escribieron nunca más palabras ni fuera de él hubo habitantes que obtuviesen más favores de las letras impresas. Todo ello porque aquí o allá, en una o en otra de sus alegres calles, enormes carteles de chillones colores advierten a los pobres píqueros transeúntes que aquellos son los estudios de los hermanos Warner, o los de Columbia, o los de Twentieth Century-Fox, según el caso.

De esos estudios emergen millas y millas de película y precisamente por este particular producto de la inventiva humana el mundo contempla a Hollywood como a un lugar de hechizo.

Atravesemos una de estas blindadas puertas y descubramos el misterio que ocultan. Incólumes pasamos ante el hosco cancerbero del estudio, soberbio prototipo de la insolencia humana, obra maestra de todas las desagradables cualidades masculinas condensadas en una, y respiramos tranquilos al vernos ya en salvo. Callejuelas exóticas se entrecruzan laberínticamente; a uno y otro lado vemos inmensos recintos de repelente arquitectura, rotulados con el nombre de Escenario Sonoro, número 1, número 2, o número 20. ¿Qué es aquí lo que nos encanta e hipnotiza? Unos caserones sin ventanas, que sobresalen solamente por su tamaño y por su fealdad.

Nos acercamos a la puerecilla de uno de estos escenarios. Sobre la puerecilla hay una lámpara roja, que no está encendida. Nos aventuramos a poner la mano en el cerrojo de la entrada... (Pronto veremos así, con nuestros propios ojos, la extraordinaria importancia de todo esto.) Repentinamente un estridente pitido taladra nuestras sensibles cavidades auriculares, la luz roja se enciende, y un policía del estudio, desde lejos, mueve sus brazos amenazadores. La vida se detiene en todo el estudio en cuanto suena el pito. Nadie respira. Nadie se mueve. Si tiene usted tos, es preferible que se ahogue antes de toser. Si sufre de alguna picazón, será mejor para usted, querido amigo, que se vuelva loco antes que producir ni el más ligero ruido al rascarse...

Quedamos quietos como si inesperadas raíces nos clavaran allí. La omnívora cámara y el adjunto micrófono en el interior del escenario, devoran con gula cada gesto o movimiento y hasta el más insignificante ruido. La cámara es el Toro Sagrado de la industria y los productores y directores son sus Altos Sacerdotes. Un extraño no puede menos de corromper la atmósfera sagrada.

Se apaga la luz roja y nos permiten entrar en el escenario. En los primeros momentos no distinguimos más que vigas y andamios, con colgaduras de arpillería por todas partes. Rollos de cable se tienden por doquier como otras tantas serpientes dormidas a nuestros pies. Nos aventuramos un poco más adentro, hacia el íntimo santuario del birlibirloque y del artificio. Entonces

vemos el decorado. Es pequeño: algo que aparenta representar la antecámara de una casa moderna.

—¡Luces! —grita el director.

Se encienden los reflectores inundando la antecámara con luz y calor.

—¡Muy bien! —dice el director—. Otra vez la misma escena. ¡Vamos a tomarla! Rueden la cámara.

Otro pitido, que, como un eco, se repite en todos los rincones de la enorme nave.

Un joven entra en la antecámara, conducido por un estirado mayordomo.

—¿Está miss Davis? —pregunta.

—¡Carlito! —grita el director—. Muy bien, Carlitos; magnífico trabajo.

Y a uno de la docena de hombres que se ven detrás de él, le dice:

—Que impriman esta escena.

Carlito es uno de los más adorados ídolos del mundo cinefónico. Una sonrisa de satisfacción se dibuja en su hermosa boca. Con aire de insólita importancia y con ojos que ven al mundo sin mirarlo, finge admirablemente imaginarse que nadie le observa, y se deja caer con displicencia en un sillón, encendiéndo un cigarrillo. Levanta una ceja y hace un gesto de fastidio. ¿Cómo no? Se siente una gran atracción de la taquilla —casi un gran actor— aunque esta idea del «casi» no es precisamente suya, sino nuestra.

Nos enteramos de que la estupenda escena que acabamos de presenciar ha tenido que ser tomada cinco veces. Nos enteramos también de que el gran íman de la taquilla no se pudo lucir en los cuatro intentos anteriores, porque se equivocó en su difícil frase... Le miramos entonces con un mayor respeto. Comprendemos que cualquiera puede sufrir un olvido al tener que declarar su frase «¿Está miss Davis?», y no nos sorprende que eso ocurriese una vez. Pero cuatro veces, ¡ya es un record!

Un numeroso grupo de «extras» se apiña en un rincón del escenario. Se sientan, se levantan, pasean sin hacer ruido... Hombres y mujeres se empolvan constantemente las narices. Cuando ya está para vencerse el día, al director se le ocurre fijarse en ellos, y toma una escena de ellos varias veces. Acaba por cansarse y suspende la filmación, tal vez para recluirse en algún lugar reservado donde pueda contemplar a gusto su propia grandeza, y despide a todos hasta mañana... Quiere decir esto que, no habiéndose ocupado en todo el día de los «extras», por dedicar la jornada entera al resplandor astro, aquéllos tienen la fortuna de encontrarse con un día más de trabajo. Y así, algún tiempo después, el departamento de publicidad se habrá de enorgullecer al anunciarlos que esta superproducción ha costado medio millón de dólares.

Puesto que hoy somos personajes privilegiados, asistiremos ahora a una conferencia sobre argumentos. Para ello están reunidos los principales cerebros del estudio: el productor, el productor asociado, el supervisor de la película, el ayudante del supervisor, el director, el astro y un par de escritores.

Los escritores han entregado al productor unas diez páginas, ya redactadas



Bernice Mason, refinada intelectual norteamericana autora de «Las fronteras del amor».

en forma de continuidad cinematográfica. Estas diez páginas se refieren a la parte del libro en la que la heroína se dispone a confesar a un tío suyo el gran secreto: que está enamorada de un hombre de posición social inferior a la de ella. Los dos escritores se han esmerado en dar a esta escena todo el realismo apetecible, sazonándolo con cierta dosis de ternura poética.

El productor toma un lápiz rojo y llena con grandes cruces las nueve primeras páginas.

—Todo esto fuera. ¿Se han enterado ustedes? La muchacha no necesita decir más que: «Títo, yo estoy encaprichada de ese muchacho que tiene de todo menos dinero.»

El supervisor asiente con la cabeza. El productor asociado baja también la cabeza afirmativamente. El director aprueba de igual modo. El ayudante del supervisor no se contenta con la afirmación muda y dice: «Sí.» El astro, que espera le prorroguen su contrato anual, inclina asimismo su frente con refinada elegancia. Los dos escritores, que quieren conservar sus puestos en el estudio, se suman al coro general. El momentáneo problema queda resuelto satisfactoriamente.

En la siguiente conferencia, el productor encontrará mal todo lo que los escritores tuvieron que hacer de nuevo (siguiendo al pie de la letra sus instrucciones) y, al fin, la película quedará escrita como estos mismos escritores la presentaron en un principio. Cuando la obra esté ya filmada, el cortador y el director suprimirán la mayoría de las escenas, entre ellas la final y la más culminante, y nosotros, querido público, nos tendremos que conformar con lo que nos dejen.

Y si el mundo entero se extasia ante tanto esperpento con lágrimas y risas, es porque todos sabemos que, a fin de cuentas, todo lo que ocurre en la pantalla, ¡y fuera de la pantalla!, no es más que una película.

Pero ¿dónde está el encanto?...

Bernice MASON



El delicioso perfume que
derrama sobre su mano
parece como si se percibie-
se a través de esta bella
imagen de Marsha Hunt.

JOHNNY WEISSMULLER



No es imposible que Johnny Weissmuller vista algún día de frac en alguno de sus próximos films, pero, si tal sucediese, los aficionados al cinema, seguirían imaginándose con su piel de tigre por toda indumentaria. Y es que Weissmuller ha llegado a la celebridad a través de sus famosas interpretaciones de Tarzán, en las que ha podido maravillar al público luciendo sus incomparables condiciones de actor y de atleta. (Foto M.-G.-M.)

IDA

La muchacha que más corazones ha conquistado con sus múltiples encantos



■■■■■ PATRICIA Ellis nació en la ciudad de Nueva York, el día 20 de mayo del año 1916. Se puede decir, sin faltar a la verdad, que nació en el teatro, siendo su padre, Alexander Leftwich, un productor y director muy conocido en Broadway, que presenta famosas zarzuelas cada año.

Patricia recibió su educación en las Escuelas Gardner, en Nueva York, y en «Brantwood Hall», en Bronxville.

Su primera ambición era vivir en el campo y tener muchos caballos y perros. Más tarde sintió deseos de ser enfermera para poder ayudar a los pobres que sufrían, pero después de aparecer en unas cuantas producciones teatrales presentadas en la escuela donde ella era alumna, se dió cuenta de que su vocación era seguir la carrera de artista.

En efecto, debido a la tradición que desde tiempo inmemorial había existido entre su familia, el teatro era lo que naturalmente constituyía una orientación para ella. Empezó su carrera estudiando los papeles de ingenua en las producciones de su padre, y en poco tiempo logró ser designada como

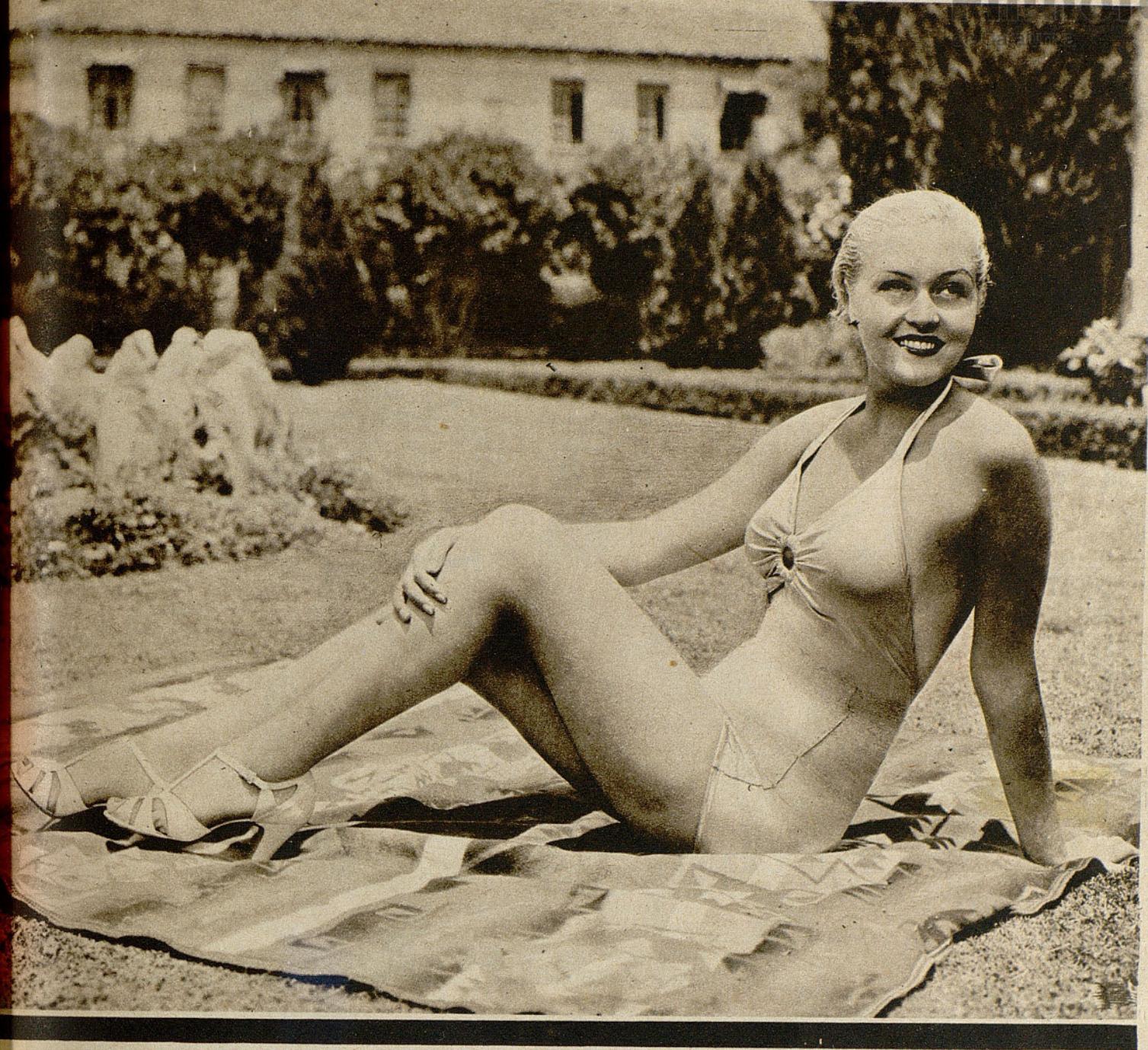
protagonista de algunas obras presentadas por compañías teatrales cerca de Nueva York. Desempeñó papeles en «The Royal Family», «Once in a Lifetime» y «Elizabeth the Queen».

Un director de la Warner en Nueva York la vió y en seguida le hizo una prueba fotográfica. Dos días más tarde, ella y su madre estaban en camino de Hollywood con un contrato.

Aunque tiene mucha más experiencia en el teatro, prefiere el cine. Su papel favorito en el teatro era en «The Royal Family», y en la pantalla es en «Ladrón de horas», en la cual James Cagney fué el protagonista. Como le gustan las comedias ligeras, su trabajo con el famoso Joe E. Brown, que ustedes conocen por el nombre de Bocazas, en la obra «El incomparable Elmer», fué muy agradable para ella.

En la pantalla admira a Ruth Chatterton, Norma Shearer, James Cagney y los Barrymore. Del teatro le fascinan Leslie Howard y Mary Boland. Siempre asiste al teatro cuando se estrenan obras de Noël Coward y de Philip Barry.

Cuando no está trabajando, Patricia es-



tadas
nueva
Royal Elizabeth
York
rueba
y su
wood
a en
vorito
y, y
", en
nista.
s, su
e us-
cazas,
fué
erton,
Barry-
ward
teatro
ward
a es-

tribe novelas de amor, y si dejara el teatro se destacaría en este arte, pero actualmente no creemos que ella pueda tomar tal decisión.

Patricia, además de ser muy hábil cuando se trata de actuar en escenas habladas, es bailarina, habiendo estudiado con el famoso maestro Ned Wayburn. También conoce a fondo la música, canta con gran habilidad y tiene gracia especial para decir chistes.

Quisiera vivir siempre en los Estados Unidos, pero le gustaría muchísimo viajar para conocer los públicos y costumbres de otros países. Se interesó por la América Central cuando pasaba por el canal de Panamá, para llegar a Hollywood, y ahora tiene deseos de conocer más ampliamente los países latinos.

Cree que Nueva York es el mejor lugar para comprar trajes elegantes y lo prefiere a París, que se considera el centro de la moda.

No le gusta escribir cartas y le agrada ver todas las cosas en orden. Toma chocolate muy a menudo y ahora, como ha ganado unas cuantas libras más de las que debe pesar, para estar dentro de las exi-

gencias de su contrato con Warner Bros., tiene que observar dieta. No tiene secretos de belleza. Se lava la cara con jabón y agua y descansa muchísimo.

No sabe cocinar. Tiene muchos amigos que le profesan cariño y simpatía. Le gusta nadar y montar a caballo. La historia tiene una gran fascinación para ella, especialmente la de la edad media y la antigua. Lee muchas novelas policíacas y su autor favorito es S. S. Van Dike, quien ha escrito muchos argumentos misteriosos que se han transcritto al lienzo del cinema.

Tiene una colección de animalitos de vidrio importados de China. No tiene automóvil, pero como su familia tiene dos, Patricia no se preocupa por adquirir uno de su propiedad.

La política no le interesa en absoluto, pues es de temperamento muy romántico.

Su estatura es de cinco pies y cinco pulgadas; pesa ciento quince libras; sus ojos son azules y su pelo rubio.

Está contratada por Warner Bros. y sus más recientes producciones incluyen «Las vacaciones del rey», «Ladrón de horas», «El incomparable Elmer», «Fácil de amar», «La edad dichosa», «El payaso del circo»

y «El despertar del payaso», en las cuales canta y baila, mostrando su versatilidad.

Quizás demasiado entregada a su trabajo para tomar en serio el amor, Patricia es, sin embargo, el ideal soñado de muchos de los solteros elegibles de Hollywood y de algunos divorciados, que más de una vez han encontrado en su juventud y su belleza motivos para olvidar sus desengaños. Con sobrada razón se dice que ella puede hacer una fortuna si se propusiese enlazar a alguna de sus conquistas amorosas, entre las que se cuentan personas inmensamente ricas.

Las jovencitas de Hollywood le temen al matrimonio y si hay alguna que cifre sus aspiraciones en su carrera más que en el amor, es, en muchos casos, debido a los muchos hogares que se han visto deshechos por los celos de los maridos, los cuales no quieren que sus esposas consideren su carrera como asunto primordial. Por tanto, Patricia Ellis dice que enamorarse ahora resultaría una complicación y trata por todos los medios de variar de compañero de paseo a diario por temor a interesarse demasiado en uno especial.

(Fotos Warner Bros.)

FUERA DE PROGRAMA



Un profesor americano (el que recibe el bofetón) puso una academia donde por unos miserables dólares enseñaba boxeo, lanzamiento de pesos, etcétera, y las chicas que estaban a punto de casarse iban a seguir un cursito. Hoy ya no existe la academia ni el profesor. Este murió alevosamente asesinado por el marido de una de sus ex alumnas. (Foto Paramount)

NUEVA VERSION DE «EL DANUBIO AZUL»

En su reciente visita a los Estados Unidos, el célebre músico Strauss tuvo que asistir a una recepción dada en su honor y un periodista cuenta la siguiente anécdota:

Estaba el notable músico junto a la orquesta y solo. Creyendo el reporter que era una buena ocasión para hacerle algunas preguntas, se acercó a él.

—Que, ¿le gusta Nueva York, señor Strauss? — preguntó el informador, para abrir boca.

—Perdóneme — respondió el maestro, inclinándose hacia su interlocutor—. Con esta horrible música no puedo oír nada. ¿Qué están tocando? ¿Una composición modernista?

El reporter, desconcertado, aclaró:

—Lo que están tocando es «El bello Danubio azul».



AUN HAY CLASES...

Una conocida estrella casada tiene dos hijos y dos perros. Sus instintos mater-

nales la inclinan más hacia los perros que hacia sus hijos. Su marido se lo reprocha así:

—No me explico que seas capaz de permanecer insensible cuando lloran los niños y en cambio saltas de la cama en cuanto gruñe uno de tus perritos.

—Es que el padre de los perros —replica ella despectiva— era de pura raza.—



UN CHISTE ALEMÁN MALO, MUY MALO

Ricardo Cortez cuenta la siguiente anécdota que le ocurrió en un viaje a Europa:

—Estando yo en Berlín, tuve un horrible dolor de muelas y fui a casa del dentista para sacarme una pieza cariada. El dentista me dijo: «La operación le costará ciento cincuenta marcos.» Encontré que era caro, pero el doctor me

aseguró con toda seriedad que la extracción era muy difícil porque tenía que sacar la muela por un oído.. «¿Por qué? En América las sacan por la boca, que es lo razonable», dije yo, extrañadísimo. Entonces el dentista me replicó: «Se la tengo que sacar por un oído porque como aquí nadie puede abrir la



Dorothy Mac Namara, una nueva sensación de la pantalla que veremos en breve (a ver si nos causa sensación). Ahí la tienen ustedes marcando unos compases del elegante baile de San Vito. (Foto Paramount)

No, querido lector, no reproduzca esta foto ningún cartel anunciador de la «aspirina» o el «veramón» o cualquier otra especialidad antineurálgica. Reproduce sencillamente una pose de Ann Sothern en uno de esos arrebatos que han inmortalizado a las mujeres fatales. (Foto Radio)



El negro que tenía el betún blanco. (Foto U. A.)



Rosalind Keith es una intrépida cazadora de pávos. El arcabuz que usa es un cariñoso recuerdo de su amigo don Cristóbal Colón. (Foto Columbia)

boca sin permiso superior
usted no lo tiene...»
¡Ja, ja, ja!



UN PORVENIR NEGRO

La escena en casa de un astro americano, viudo, el día preciso en que acaba de perder a su mujer.

Amigos y amigas piadosos han ido a hacer más llevadera la tertulia de esta primera noche de viudedad. La conversación es de circunstancias. Flota en el ambiente el recuerdo de la difunta. Tal vez por eso, el viudo, de riguroso luto, está pensativo, con la cabeza baja, abatido.

—No se ponga usted así, porque acabará por hacernos llorar a nosotras— dice una estrella con mimo maternal.

El viudo no contesta. Ella insiste cariñosamente:

—Vamos a ver, ¿en qué está usted pensando?

—En que no tengo ningún plan para esta noche— contesta el desconsolado viudo.



BUEN REMEDIO

Sabido es que la mayoría de los divos son caprichosos. Jan Kiepura, el famoso tenor polaco, no se aparta de esta regla sino que la confirma.

Cuéntase que Kiepura se manifiesta muy reacio a la disciplina de los estudios. Un buen día no quiso trabajar porque el cuerpo no le pedía canciones. Esto ocasionó muchas pérdidas a la empresa y un miedo pavoroso porque tenía firmado un contrato de varias producciones. El director le hizo ciertas observaciones, pero el divo le replicó que su contrato no le obligaba a cantar los días que



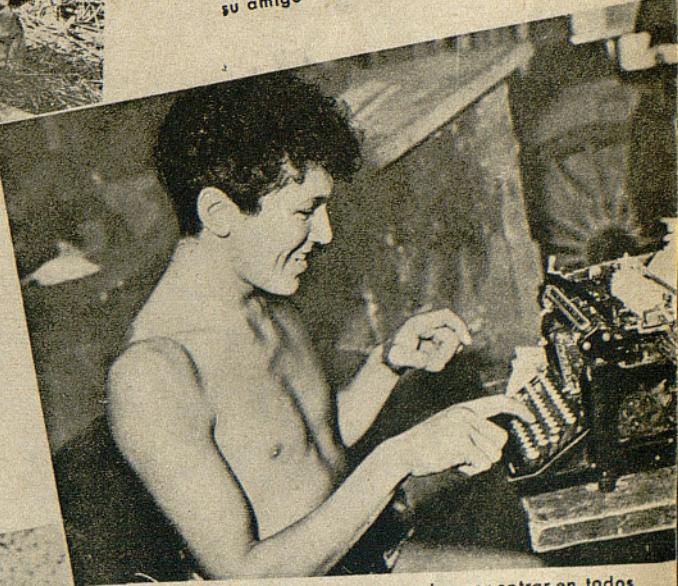
El león de la Metro. (Foto Universal)

no tuviese ganas de hacerlo. —Está bien —replicó el director, condescendiente—. Tiene usted toda la razón. Venga a filmar cuando se sienta inspirado. Usted perdona, ahora, que le prevenga una cosa: nuestro contrato nos permite en los fu'uros films da le papeles de extra...—

Dícese que desde aquel día ningún actor ha sido más puntual que Kiepura.



Aquí donde ustedes las ven, si una langosta asomase los cuernos o un pulpo de esos de menor cuantía se acercara a la orilla, echarán a correr como unas locas asegurando que las había acometido un tiburón. (Foto Metro)



La civilización, tenaz y persistente, acaba por entrar en todos los países, conquistando, incluso, a los salvajes más reacios a toda innovación. Este instructivo par de fotos nos demuestra como la radio y la máquina de escribir han penetrado en las islas polinesias. Esto es la vanguardia. Más adelante llegarán las máquinas de cortar el pelo, las camisetas sport, los pantalones, las ametralladoras y el jazz —música salvaje que, como se sabe, es un producto selecto de los modernos americanos—; en una palabra, todos los elementos que constituyen la supercivilización rasgarán con sus ruidos, con su estrépito, con sus explosiones, las claras noches amorosas de los pobres polinesios. (Foto Metro)



ATTA Troll es un oso romántico y sentimental, germinado en una disparatada mente estudiantil para regocijo de grandes y chicos. Dice la fábula que mora en el Val de Roncesvalles, junto a las monumentales estalagmitas de nieve, en una covacha sombría, ahora más porque ha desaparecido de ella la luz del amor de Atta Troll.

Los gigantes trashumantes se quedaron con Mumma, el amor del oso romántico y sentimental, cuando él huyó a la montaña. Allá, en el valle, está la hembra, esclavizada bajo el láigo del húngaro. ¡Bien quisiera Atta Troll redimirla de su sufrimiento!

Pero Atta es un oso simplista, demasiado romántico y excesivamente sentimental; más propenso a las lamentaciones que a la acción heroica. Seguirá Mumma en poder del húngaro, entretanto no intervengan el Lobo y el Zorro, los consejeros del Hombre.

¡Pobre Atta Troll! ¡Le preparan una redada! ¡Y Mumma ha de ser el instrumento de su perdición! Ya lo dice el estudiante-poe'a, autor de la fábula, en un inciso:

—¡Atención, Atta Troll! El Hombre y el Lobo y el Zorro te buscan. El Hombre y el Lobo y el Zorro te matarán. El Hombre trae la codicia, el Lobo trae el cuchillo y el Zorro el código penal.—

...Y en el Val de Roncesvalles, muerre, cantando, Atta Troll...

La carreta de la farándula se ha detenido unas horas ante la puerta gra-

vemente severa, casi inexpugnable, de un reformatorio. Son los estudiantes, que, cual legendarios cómicos de la legua, van prodigando por todos los pueblos del país la alegría de su temperamento y el pan espiritual de su arte.

Teatro estudiantil, teatro de barraca; pero arte. Esto traen, por todo bagaje, los antiguos compañeros de «Na'acha», en sus correrías. Lalo es el introductor del espectáculo; los demás, elementos del cuadro artístico. Produce una íntima alegría verles a todos reunidos con un optimismo casi infantil, para repartir ese alimento espiritual a que hemos hecho alusión.

La «Balada de Atta Troll», de «Nuestra Na'acha», es el exponente psicológico más claro de cada uno de los personajes que en ella toman parte. Anima el espectáculo Lalo, el muchacho que todo lo da y nada toma —ni los honores de un título—, para que su misión sea únicamente en provecho de la Humanidad. Así ha concebido ese teatro trashumante, para aquellas gentes a las que no llega el sentido y la emoción del arte bajo ningún aspecto.

Y crea un personaje para Mario —el oso Atta Troll—, que coincide en afectos con Flora —que en la fábula es Mumma—. De esta guisa, el amor que aquél no ha sabido descubrir en una larga convivencia de amplia camaradería, se manifestará bajo el aspecto de la ficción, para que, un año más tarde, ella pueda decirle:

—Yo creo que la vida puede ser algo

más que estudiar insectos. Hay el sol, y la risa, y el sabor del mar, y los niños que juegan desnudos...—

La «Balada de Atta Troll» lleva consigo, también, una ironía aguda, cortante, en esas frases que hemos reproducido más arriba:

«El Hombre trae la codicia, el Lobo trae el cuchillo y el Zorro el código penal.»

Aquí es donde predominan la rebeldía estudiantil con un admirable afán de reivindicación. Habla del Zorro y del Lobo, y establece unas pa' a'elas entre ellos y el Hombre, queriendo expresar que, a veces, la Humanidad se adapta a uno y otro, para tender sus redes de astucia y engaño.

La totalidad del contenido artístico y moral de «Nuestra Na'acha» es bien apreciable; pero si fuviéramos que destacar una sola parte de la obra, nos apoyaríamos en esta «Balada de Atta Troll», porque es la que recoge ambos aspectos con mayor sencillez y, a la par, con un criterio más afilado.

Tal vez ese comentario pa' ezca apartarse de los moldes comunes en las crónicas cinematográficas. No por ello hemos dejado de inspirar todas nuestras consideraciones en la «Na'acha» cinematográfica, que, por serlo, nada quita a la «Na'acha» teatral, y, en cambio, le da una amplitud de expresión y unos medios ilimitados pa' a la exposición de toda la tesis, que tantas y tan variadas caras nos ofrece para dejarrollar sobre ellas un detenido estudio.

Gonzalo de A. PIE

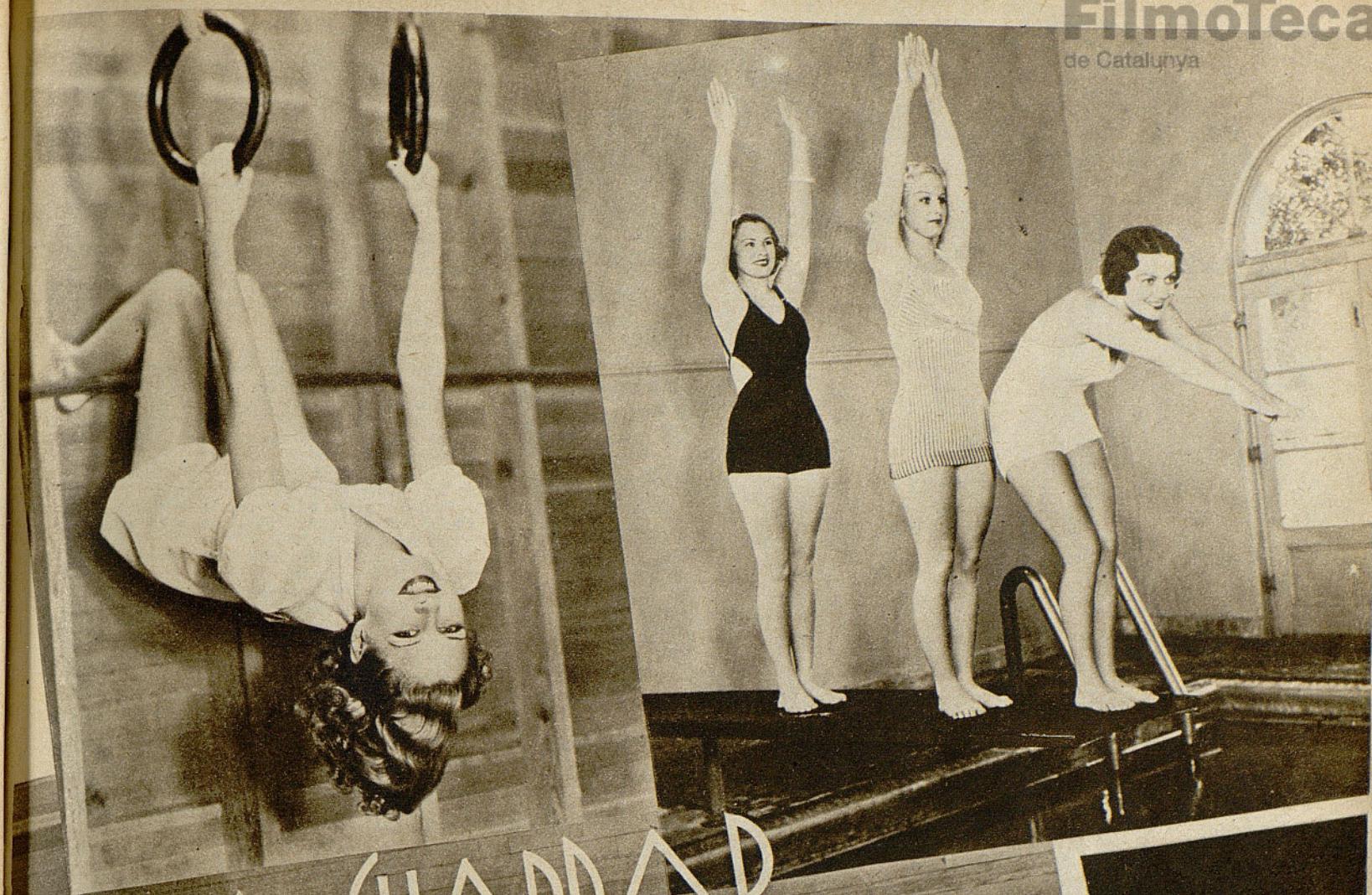
Consideraciones sobre la "Balada de



ATTA
Troll

el oso
romántico
de
«Nuestra
Na'acha»

Manolo Díaz González
y Blanca Negri, o Atta
Troll, el oso romántico,
y Mumma, su enamorada
real, en la obra
de Alejandro Casona.



PARA GUARDAR



LA LÍNEA

brasas. El mito de la dieta para guardar la línea va, pues, esfumándose. ¡Ahora que es cuando más nos conviene, en nuestro país, mantenerla!

(Fotos Fox)

LOS directores de cultura física de los estudios de Hollywood han llegado a la conclusión de que cualquier persona puede comer lo que se le antoje siempre que haga suficiente ejercicio para evitar la acumulación de grasa. Las «estrellitas» que más se destacan por la tersura de su cutis deben esta ventaja a que practican ejercicios al aire libre y procuran que sus comidas sean bien equilibradas.



FILMS
ARTISTAS
ASOCIADOS

Principales
intérpretes
**Francis
Lederer**
Ida Lupino

— Las butacas 66 y 68.

Mientras el joven sacaba el dinero para pagar, Iovonne, pasando por detrás de él, cogió el billete que le alargaba disimuladamente. Pasaron unos minutos y Felipe supuso que su pareja ya estaría sentada. Entró y enseñó el boleto a una acomodadora; por una extraña veleidad, ésta leyó el número al revés, resultando que la butaca 66, transformó en la 99. Felipe, embobado en la acción de la película, no se dió cuenta de la involuntaria mixtificación. Le interesaban más los cantos y carantonas que realizaban dos conocidas estrellas de la pantalla. Rozó a una señora, que exhaló un grito de protesta, y, atendiendo a los ruegos de la acomodadora, sentóse. En la butaca 68 esperaba impacientemente Iovonne.

Con los ojos fijos en la pantalla, colocó su brazo sobre el de la ocupante del lugar contiguo, creyendo que era su acompañante. La joven le lanzó una mirada que no decía nada de bueno respecto a su honorabilidad. Felipe suspiró. ¡Qué escena más romántica y tierna! ¡Qué buenos actores!

— Déjame ver el programa — y arrancólo de las manos de la asustada joven.

Felipe, a pesar del interés de la trama y viendo el cariz que tomaba, no podía estar ni un momento callado.

— Esos terminarán bien — al ver que la estrella se aproximaba amorosamente al astro. — Mira, — un beso tiernísimo en la pantalla — esos americanos si que saben hacerse el amor.

La joven estaba sencillamente horrorizada. Felipe pasó el brazo por su talle, y acercaba el cuerpo de ella al suyo.

— ¡Por fin! Acércale, amor mío — e impetuosamente pegó sus labios a los de la joven.

Desasióse ésta, y, poniéndose en pie, propinó a Felipe una sonora bofetada, en tanto que sus gritos de mujer ofendida atronaban la sala.

— ¡Es usted un imprudente! ¡Un atrevido!

— Señorita, ¡creí que...! — gimió confuso Felipe.

— Eso no me importa nada.

A petición de los restantes espectadores se suspendió la proyección y encendieron las luces. Todo el mundo esbozaba conjeturas y formulaba preguntas a la joven. Particularmente, una señora seca y alta, con la nariz adornada por unas antiparras de oro, insistía en averiguar la causa del escándalo.

— ¡Ese atrevido me besó! — aclaró furiosa la jovencita, señalando a Felipe, que recibió el diluvio de miradas sonriendo.

— ¿Sólo ha sido eso? — preguntó desilusionado un caballero.

Los espectadores se echaron a reír.

— ¡Qué atrevimiento! — exclamó, erguiendo dignamente la cabeza, la de las gafas de oro.

— ¡Es culpa del gobierno! — apuntó una dama de la oposición, baja y redonda.

Iovonne, aprovechando el tumulto, salió desapercibida. Felipe miraba a su rededor sonriendo extrañado de que por un beso se removiera tanto la opinión pública. La joven le miraba soslayadamente, de vez en cuando, y al ver la agradable presencia del criminal, sus miradas no resultaban tan ácidas como quisiera.

— Señoras y caballeros... — dijo con voz tonante la dama de las gafas de oro. — En esta emergencia, la Sociedad Protectora de la Moral Pública, de la que tengo el honor de ser presidenta, demostrará su poder!

— ¡Es usted la censura! — dijo riendo Felipe.

— ¡Censuramos a la censura! — determinó orgulloso la presidenta. — ¡Es usted un monstruo! — detestó.

Un par de guardias de seguridad, llamados precipitadamente, llegaron jadeando al lugar de autos.

— ¿De qué se le acusa? — interrogó uno de ellos.

La presidenta murmuró unas palabras en su oído. La cara del guardia se contrajo horrorizada.

— ¡Un momento! — ¿Qué le ha dicho? — preguntó Felipe y a su vez el guardia murmuró unas palabras pegando sus labios a la oreja del joven. — ¡No! — protestó. — ¡Eso es una mentira! Sólo besé a la señorita.

— ¡Nada más que eso! — quitó la mano del hombro de Felipe.

— Así es cómo protege la moral públí-

I

PARÍS.

La tarde era gris y húmeda. La gente, huyendo de la lluvia, se refugiaba en el cinematógrafo para matar el tiempo. Un taxi paró ante la sala de proyecciones. El botón abrió el paraguas y se acercó servicialmente a él. Un joven, Felipe Martín, sacó la morena cabeza por la ventanilla.

— ¿Ha empezado la película?

— No, señor... Llega a tiempo.

— Por novena vez daremos la vuelta a la calle... ¡Qué atrocidad! — exclamó el chofer, con gesto malhumorado.

Su profecía se vió confirmada por la orden que le dió Felipe.

En el interior del vehículo una hermosa mujer oía imperturbable los ruegos del joven. Agotaba éste sus recursos retóricos para convencerla y sus argumentos, tan ingenuos y alegres como su carácter, hubieran hecho reir a más de un espectador, si la escena los hubiese tenido.

— Nunca vemos ni el principio ni el fin de una película — quejábase Felipe Martín, asiendo el brazo de su interlocutora, Iovonne, y tirando cariñosamente de él. — Siempre

llegamos cuando separan a los novios y salimos antes de que vuelvan a reunirse.

Iovonne esbozó un mohín delicioso. Sus ojos miraron a los de Felipe; éste suplicó:

— ¡Quedémonos hoy hasta el final!

— Pero, Felipe... Ya sabes cómo se aglomera la gente a la salida — objetó. — ¡Es imprudente! Podría ser reconocida.

— Cuando se ama, se arriesga todo — afirmó testarudamente Felipe.

— ¡Olvidas que estoy casada?

— ¡No! Mas no es motivo para que me trates con indiferencia.

En aquel momento el auto volvióse a parar ante el cine. El «groom» ratificó que la proyección no había comenzado. El chofer manipuló resignadamente las marchas. Los reproches y los obstáculos continuaron erizando entre los pasajeros. Al final de la undécima vuelta a la manzana, el botón anunció, con profunda expresión de alivio, que la función había comenzado.

— Dame mi boleto y espera a que esté sentada — dijo Iovonne, entrando la primera y situándose junto a unas carteleras.

Felipe se encogió de hombros y se dirigió a la taquillera.

— Dos.

ca? — rugió indignada la presidenta. Apuntaré su número.

— Bueno, bueno. Tomaré nota de todo lo ocurrido — apaciguóla el guardia. ¿Cómo se llama?

— Hortensia — contestó la señora bajita y redonda.

— No le he preguntado a usted.

— Felipe Martín, del Teatro Savoy.

— Un actor! — comentó la presidenta.

Aquello lo explicaba todo.

— ¿Y usted, señorita?

— Mónica Pélerin, Avenida du Bois. Mi padre es el editor del «Journal du Matin».

— ¡Ah! — exclamó la presidenta y registró el parentesco en su memoria.

II

El señor Pélerin estaba indignado. Había recibido a la junta directiva de la Sociedad Protectora de la Moral Pública, y las señoras que constituyan la preclara junta, no sólo no se habían contentado con referirle a él la conducta escandalosa de Felipe Martín y del atraco amoroso que sufrió su hija, sino que llevaron el asunto a la prensa toda y al Ministro de Justicia, para defender su reputación. Despidiolas a cajas destempladas, y marcháronse ellas ofendidas. ¡Bonito, comportamiento el de su hija! Ya se enterraría él de la verdad de lo sucedido!

Mónica estaba en su cuarto contando el incidente a su señora de compañía.

— ¡Te juro que fué un escándalo!

— ¿Qué dirá tu prometido, el conde Alfredo?

— Me creerá — aseguró Mónica.

— Tu padre me culpará con toda la razón. Debi haber estado a tu lado.

— No te apures; papá no lo sabrá.

Y requirió el teléfono, llamando al conde Alfredo. Al otro lado de la linea le contestó un hombre joven de atildada y pedante presencia. Su cara denotaba un absoluto vacío de ideas.

— ¡Hola, amor mio! — exclamó, haciendo un gesto teatral con la mano.

Parecía un conde de opereta.

Cuando vengas le dirás a papá que estabas esta tarde conmigo — ordenó Mónica, con la prisa más prosaica del mundo.

— ¡Imposible! — protestó Alfredo, colocándose dignamente una mano sobre el corazón. ¡Estaba en los Baños Turcos!

— No lo olvides. Pase lo que pase, estabas conmigo.

— Conforme, amor mio — contestó el enamorado conde.

Hasta los postres, el señor Pélerin no hizo la más ligera mención del asunto. Alfredo cascaba las nueces con gestos epopeyicos, y las entregaba como divina ofrenda a Mónica, cuando el padre de ésta, apoyando los codos en la mesa y colocando la barbilla entre las manos, dirigió una mirada escrutadora a su hija.

— Mónica, ¿qué has hecho esta tarde?

— Estaba con Alfredo, ¿verdad?

— ¿Qué dices? — asombróse éste. A una señá de Mónica. ¡Ah!, si; fuimos juntos.

Almorzamos, fuimos a la modista... — ayudábale Mónica.

Alfredo con la mejor intención del mundo, dijo:

— ...y después a los Baños Turcos.

— ¡Qué ocurrencia! — dijo el señor Pélerin. — Continúa, Mónica.

Fuimos al cine.

— Si — intervino el conde. — Debia haber ido usted.

— Por lo que veo me perdi una buena escena — comentó suavemente el señor Pélerin, tirándose del lóbulo de la oreja y mirando a Mónica que estaba como sobre acusas. Bien, contádmelo todo... ¿Cuál es el misterio?

— ¡Misterio! Era una opereta, ¿verdad? — preguntó, acertando Alfredo.

— Si, una de esas películas en las cuales el padre encierra a su hija y el novio viene a verla con una escalera. El padre estaba escondido entre los árboles.

— Yo no lo vi — protestó Alfredo.

— Sí lo viste... ¿No lo recuerdas? Luego el novio subió al balcón y cantó aquella canción. Era así — y Mónica tarareó la música.

La confusión y las prisas de Mónica para finalizar el asunto cuanto antes, no pasaban

desapercibidas a su padre, que añadió más leña al fuego, al decir:

— Pero aún no me habéis contado lo del beso.

— Fué un accidente — aclaró apresuradamente Mónica.

La imagen de Felipe no se borraba de su memoria.

— ¿Cómo puedes decir que un beso es un accidente, amor mio? — quiso saber Alfredo, hecho mieles.

— Dije que era un accidente.

— Entonces... el joven que quiso besar a Mónica...

La tercera frente del conde se arrugó. Apoyóse en el respaldo de la sillá, como si las fuerzas le faltasen.

— Un momento... Mónica, ¿soy tu novio o no?

— Tú lo sabrás — respondió displicentemente ésta.

— Si, pero quiero saber si te han besado.

— Me besaron.

Aquello fué demasiado para Alfredo. Su frente parecía próxima a estallar por la hinchaón de las venas.

— ¿Quién fué? — gritó, alzándose de la silla. — Le desafiaré! Mónica, si no me lo dices todo inmediatamente, le diré a tu padre que no estaba contigo en el cine — como si no estuviera el señor Pélerin presente.

El digno señor Pélerin ocultaba su risa con la mano. Mas poniéndose repentinamente serio, encaróse con Mónica, comunicándola con una mirada.

— Dimelo, si no intervengo y todo París lo sabrá.

Mónica obedeció. Minutos después telefona.

— ¡Hola, Eduardo! No publique el artículo — y volviéndose hacia el enfurruñado Alfredo. — Nadie lo publicará si me opongo.

III

La profecía o promesa, del señor Pélerin no se cumplió. A la mañana siguiente, todo París, hasta Totó, estaba enterado y de ello hablaba con Felipe, en el alto y desordenado piso que les servía de hogar.

— ¿Qué hay de esa joven?... — ¿Qué dijiste? — preguntó, mientras se pasaba la navaja de afeitar sobre la mejilla.

— Te lo he dicho diez veces — repuso con cansancio Felipe. — Le dije: «Señorita, jurei que...»

Totó soltó una risita; afeitóse el labio superior y después encogió los hombros con desencanto.

— Yo de ti hubiera usado las líneas de Mario en el cuarto acto de «El Divorcio de la Viuda»: «No temáis, joven; un beso es poca cosa».

— Calla, Totó... — ordenó Felipe enfadado, preparando el desayuno. — No estás ahora apuntando en el teatro.

— He apuntado 446 obras y me las sé de memoria, pero ni por eso aprovechas mi sabiduría — secando melancólicamente su cara.

— ¡Pero esto me sucedió de veras! La policía tiene mi nombre.

— ¿Le diste tu verdadero nombre? — Totó saltaba regocijado. — Mil encantadoras parisinas nunca supieron el mío. Me llaman «Pupi».

Felipe le lanzó una risueña mirada. No había nada más disonante con el aspecto de su amigo que aquel nombre. El despertador sonó destempladamente.

— Lo puse para que nos avisara la hora del ensayo — explicó Felipe.

Al llegar al teatro, el obeso portero hizo una señal a Felipe. Este se le acercó.

— Una mujer ha preguntado tres veces por usted.

El corazón le golpeó fuertemente el pecho al joven.

— ¿Era rubia o morena?

— No sé... no bajó del taxi. Dijo que volvería otra vez.

— ¡Oh! Era ella otra vez.

— ¿Quién? — indagó, interesado, el portero. — Felipe le volvió la espalda, marchándose y dejándolo solo con el interrogante.

En el interior del teatro la primera figura ensayaba con una apatía próxima al estado comatoso. Las notas salían de su garganta ásperas y fuertes. El director de la revista leía el pedidíco. El nombre y el epíteto de

monstruo, aplicado al joven, danzaban locamente en su cabeza.

— ¡Qué tragedia! Empecemos a ensayar — dijo golpeando el piano con la mano — el número del «Tren del Amor» — mirando a todo el mundo. Todos a escena. — Y Martín? — ¿Dónde está Martín? Necesitamos un «conductor». Ten, muchacho, coge la campana — le dijo a un hombre de aspecto soñoliento y atontado.

Martín entró corriendo. Las coristas se le acercaron mirándole curiosas. Despojóse rá-



pidamente del gabán y se apoderó de la campana. El director puso los brazos en jarras y le miró apreciadamente.

— ¡Cómo, Martín! — Viene del «país del amor» o va a él?

Y dándose unas palmadas que tuvieron la virtud de alejar a las coristas añadió:

— A vuestras puestas, muchachas. Podréis mirarle cuanto queráis después del ensayo.

— ¿Qué me pasa? — preguntó inquieto Felipe.

Desde la concha le contestó Totó.

— ¡Eres famoso!

Y empezaron el ensayo. Ocupados en esta tarea estaban, cuando llegó, sulfurado y echando chispas, Maillot, el empresario. Encaróse con Felipe.

— Le despidí. No quiero aquí a hombres como usted — dijo envarándose. — No permito escándalos en mi teatro. Está despedido.

— Está despedido — burlóse Totó, refugiado siempre en la concha.

— ¡Está despedido! — repitió el director, refiriéndose a él.

Una vez en la calle, hablando con Iovine, escondida, como de costumbre, en un taxi, se colocaron junto a él un par de individuos, que Felipe creyó que eran periodistas. Pronto le sacaron de su error. La Sociedad Protectora de la Moral Pública le demandaba ante el tribunal de corrección.

IV

La sala en donde se procedía a juzgar a Felipe, estaba llena de bote en bote. El público, abundando en él el sexo femenino, rumoreaba frecuentemente. Próxima a la tribuna desde la cual declaraba el reo, se hallaba Mónica, acompañada de su padre, del conde y de la señorita de compañía. El número de escribanos y del jurado demostraba la gran importancia que se daba al juicio. Declaraba Felipe. Se defendía él mismo.

Bien, excelencia — dijo balbuceando y dirigiendo sus palabras al juez, hombrecillo insignificante y de benevolente cara, en la cual los ojos resplandecían interesados —; aquél dia llovía..., ¿comprende usted?..

— ¡Me opongo! — exclamó el abogado acusador, elevando penosamente su abultado abdomen por encima de la mesa.

— Concedido — contestó el juez sin apartar la vista del acusado.

— Pero llovía — constató como un hecho indudable, Felipe. — No teníamos nada que hacer y..., es decir..., fuimos al cine...

— No minta; se deslizó solo en el teatro.

— No me deslizé — protestó Felipe. — Entré sin ser visto.

— ¡El mismo lo confiesa! — dijo triunfante el abogado fiscal.
— ¡No confieso nada! ¡Excelencia, me opongo!

La sala entera se rió, incluyendo a Mónica.
— Es usted el demandado; no puede oponerse.
— ¡Pues lo niego!
— ¡Niega usted que se valló de la obscuridad para atacar a la señorita Pélerin?
— Esta esbozaba al mirar a Felipe, cuando éste no lo hacia, una dulce sonrisa.

— Excelencia, ¡un beso no es un ataque!
— Nuevas risas en el elemento femenino, que veía en Felipe un dios.
— ¿Qué cree que es?
— Bien... —dudó el reo— podriamos llamarle... un regalo.
— ¡Me opongo! — protestó el abogado contrario.

La lucecilla de los ojos del juez aumentó de potencia. Su cabeza se colocó al nivel de la mesa, al preguntar:
— ¿Ha sido sentenciado antes por un caso igual?

Todos los ojos le clavaron fijamente su mirada. Mónica no era la que sentía menos interés; su padre lo notó. Felipe se sentía embarazado.

— Bien, excelencia, confieso que he besado a muchas, pero nunca he ido a la cárcel.

En aquel momento —el interés del juez llegaba a su punto álgido— ¿cuál fué la reacción de la atacada?

Unos instantes dudó Felipe antes de responder. Miró a Mónica y dijo:

— La reacción? ¡Oh! ¿Quiere decir durante el acto?... Pues no reaccionó.

— ¡Miente! — exclamó ofendida Mónica.— ¡Le di una bofetada!

— No, eso fué después... —le aclaró.

Pero cuando yo la... —abrió los brazos— no se resistió.

El público casi gritó de emoción.

— ¡Porque estaba horrorizada!

— Excelencia —dijo Felipe, picado en su amor propio—, permítame que me oponga, porque no acostumbro horrorizar a las que beso.

Todo el mundo saltó de gozo. Hasta el grave jurado se rió. Se armó un pandemónium más que regular. Felipe ayudó a imponer el silencio.

Mientras la anterior escena ocurría, Totó, con una cesta cargada de golosinas en un brazo y con una carta de Ivonne en la otra mano, trató de introducirse en la sala por un lugar prohibido. Un gendarme impidióselo. Protestó Totó de que era amigo íntimo de Felipe. El guardia le dió una serie de complicadas indicaciones para que pudiera adquirir el carné necesario para entrar por

Pidióle el juez que demostrara con el acusado el modo cómo perpetró éste el crimen. Negóse Mónica; dijo entonces el juez a Felipe que lo demostrase con el escribano; negóse el joven.

Totó continuaba subiendo y bajando escaleras, recorriendo pasillos, en busca de sellos, firmas para el deseado y malhadado carné.

En el juicio pusieron de acuerdo Mónica y Felipe, reconstruyeron el crimen, santa y castamente, a pesar de las objeciones del conde Alfredo. Satisficha la curiosidad del tribunal quisieron enterarse de cuál había sido la tentación que empujó a Felipe a que cometiese su delito.

— Pues sucedió así. Estaba sentado a su lado —Felipe miró ardientemente a Mónica—. La fragancia de su perfume, ¡y qué perfume, excelencia! Luego vi la oreja de la señorita.

El público contempló insistente el apéndice auditivo de Mónica, que se apresuró a ocultarlo.

— Esta oreja me fascinó. En la pantalla se abrazaban y cantaban una canción, y después, excelencia, ofrecí un tributo a su belleza.

El tribunal deliberó. Cubrió su cabeza y anunció que condenaba al acusado a tres días de cárcel o al pago de ciento cincuenta francos. Un murmullo de ilusiones heridas recorrió el público.

— Pagaré la multa —respondió prestamente Felipe.

— Ciento cincuenta francos más el impuesto municipal —fué enterando un hombre que leía en un grueso volumen— especial, y el del gobierno, además del impuesto del registro, total mil francos y cien a céntimos.

— Déme las señas de la cárcel.

Cuando Totó se presentó al guardia con el carné, se enteró que hacia lo menos diez minutos que el juicio había terminado y que Felipe estaba en la cárcel. Rompió el carné y escondiéndose tras una columna, cortó el sobre de la carta. Rezaba ésta:

«Querido Felipe:

«Di la verdad sin temor, pero no menciones mi nombre.

«P. S. Para estar cerca de ti doy vueltas a la calle.»

En el despacho de la cárcel, Mónica expresaba el deseo de pagar la multa de Felipe. Hizo así y al dirigirse hacia la celda Martín encontróse con un guardia que le notificó la buena nueva. En la escalera encontróse con Mónica.

— ¡Señorita, me ha hecho usted feliz! Se lo agradezco.

— Déjeme. Podrían vernos aquí juntos.

Efectivamente, en aquel preciso instante unos fotógrafos dispararon el magnezo.

— No me importa que nos vean, pero no la dejaré ir hasta que me permita pagarle.

— ¡Pues págueme!

— Ahora mismo no puedo...

Mónica, desasiéndose, corrió escaleras abajo. Totó llegó junto a Felipe.

— Dame mil francos, Totó —dijo, haciéndole poner una cara de estupidez casi perfecta.

— Pues dame unas líneas.

Mónica estaba a punto de desaparecer de su vista.

— Debe saber —declamó Totó.

Repetió Felipe, y creyendo adivinar lo que debía seguir a la frase:

— ¡Que la amo!

Totó hizo un gesto negativo.

— ¡La odio! —gritó apasionadamente.

Totó le dió unas palabras muy bajas.

— ¡La perdonó! —exclamó Felipe triunfalmente.

V

DESDE el día de la condena y redención por Mónica, los negocios de Felipe Martín marchaban viento en popa. Maillot descubrió súbitamente, y gracias a la propaganda que se había hecho inocentemente, a una gran primera figura teatral. Cobraba un elevado sueldo. Mas lo que hacia feliz por completo a Felipe era que por la tarde se había citado, de una manera muy especial, es cierto, con Mónica en el «Palais du Glace», sin que el no tener ni la menor idea de cómo se patina, nublara ni lo más mínimo el risueño horizonte de su vida.

Por más que intentó seguir las indicaciones de un libro titulado, pomposamente, «Aprenda a patinar en diez lecciones», no dejó de caerse repetidas veces. Vió a Mónica acercarse y parar junto a él sin percatarse de su presencia. Lanzóse en su persecución; resbaló y tiró al suelo a Mónica y a su persona. En el suelo contempló, admirado, los ágilas volatinas de un anciano provisto de luengas barbas.

— ¡Mire! ¡Qué equilibrio! Serán las barbas —inclinándose pícaramente hacia su víctima—. Con unas barbas así y su ayuda podría aprender pronto.

Mónica puso de pie y le ayudó a enderezarse.

— Me ayuda usted siempre. Tendré que agradecerle toda la vida.

— No lo considere un arreglo permanente —advirtió la joven, sus ojos aconsejaban lo contrario.

Se sentaron.

— Me gusta.

— No acostumbro venir sola. Hoy no pudo venir conmigo mi compañera.

— ¿Por qué? — El primer asiento.

— ¡Son las cinco! — exclamó Mónica mirando el reloj.

— Olvidé de decirle que quiero pagarle los míos francos.

— Pues, así, terminará todo.

— Temo que no se los podrá pagar de una vez. Le devolveré a razón de cien francos diarios.

Todos los días se encontraban en la pista de hielo. El conde Alfredo empezó a sospechar de la conducta de Mónica y más al ver que los periódicos continuaban publicando retratos de su prometida con el monstruo. El señor Pélerin decidió poner punto final, o indagar, al menos, la índole de las relaciones entre la pareja.

Felipe rompió con Ivonne. Ninguno de los dos sintió dolor. Los periodistas, siempre al acecho de los actos de Felipe, retrataron y publicaron el último y primer beso cambiado entre la pareja. Aquel mismo día al salir del ensayo, Felipe encontróse con el señor Pélerin que le estaba esperando.

— Quiero saber todo, Martín. ¿Por qué pagó ella la multa?

— Se convenció de que si yo permanecía en la cárcel los periódicos seguirían la publicidad y pagó la multa.

— Por el bien de Mónica, espero que será usted más discreto... y no más escándalos.

— Por el bien de Mónica —repitió Felipe.

En el «Palais du Glace», Alfredo conversaba, o mejor dicho, oía las amonestaciones de Mónica.

— Alfredo, no quiero que me sigas de ese modo...

El conde interrumióla alargando el diario que ostentaba el retrato de Felipe e Ivonne. Cuando instantes más tarde llegó Martín a la pista y fué detenido por indicación de Alfredo, se le heló el corazón al ver que Mónica no intentaba defenderle.

Maillot por interés, y Totó por amistad, hicieron los imposibles por sacar de la cárcel a Felipe. Y lo consiguieron. Pero no contaban con el decaimiento moral del joven. Al notarlo, Totó, consciente de su oficio, apuntó a Maillot.

— Mónica dirá mañana: hice bien en dejar que lo detuvieran, es un cobarde.

La suposición sentó como una banderilla a Felipe. Cogiendo del brazo a Totó y al empresario, salió corriendo.

En el teatro la confusión era espantosa. Los artistas no sabían qué hacer. La orquesta había repetido tres veces la sinfonía. El público se impacientaba y pedía que Martín saliese a escena. Llegó por fin éste.

Mónica, acompañada por Alfredo y su padre, ocupó la butaca situada detrás de la actriz que tenía que representarla en la función. El señor Pélerin sentóse al lado de la actriz, no sabemos si para complacer a su hija o a sí mismo. Martín cantaba con la cabeza entre la abertura del telón, en tanto que casi todos los empleados del teatro le vestían.

Una vez vestido salió, cantando siempre, al escenario, bajó por entre las butacas y con enorme sorpresa de su parte, vió que la silla vacía era la situada junto a Mónica. En medio de una tempestad de aplausos, y tras besarla, preguntó:

— ¿Está enfadada?

— No.

JUANAN



aquella puerta. En la sala el juicio iba adelantado.

— Señorita Pélerin, diga a los jueces... lo que sintió durante... usted sabe —enredóse azorado el juez presidente.

Mónica puso de pie y no supo explicar sus sensaciones en tan agradable momento.

— ¡Horror! —Excitación? —Emociones mixtas?

— ¡Sí, eso es! Emociones mixtas —dijo alegremente la joven, mientras su padre movía comprensivamente la cabeza.

Filmoteca
de Catalunya

EVAS DE HOY



LOUISE SMALL

y

MARIE DE FOREST

son las artistas de la Paramount que ilustran esta página con sus magníficos cuerpos de Eva moderna. Y no les importa posar junto al modelo ideal. Tan seguras están de sus perfecciones,



Filmoteca
Catalana
**FILMS
SELECTOS**



Freddie
Bartholomew
de los A. Asociados.